

La guardiana de las lágrimas

GENOVEVA CASANOVA VIAJA AL CORAZÓN DE ÁMBAR DE CHIAPAS PARA DESCUBRIR LA ESPIRITUALIDAD DE ESTE MATERIAL MÍTICO, ESTRELLA DE SU NUEVA COLECCIÓN DE JOYAS. YO DONA PUBLICA EL DIARIO DE ESA AVENTURA, ESCRITO POR LA DISEÑADORA, EN EL QUE DESCUBRIMOS EL VALOR DE LA CEIBA, EL QUETZAL, EL JAGUAR Y EL CANTO DE LA CARACOLA.

Fotos *Rafa Gallar*
Texto *Genoveva Casanova*
Estilismo *Almudena López Calafate*

Genoveva navegando el Cañón del Sumidero, en Chiapas (México). Lleva top, de **American Vintage**; pantalón, de **Virginie Castaway**; collares largos de topacios fumé y diamantes en oro rosa, de la colección **CH Sautoir**; sortija de oro rosa con topacio fumé y diamantes **ice** y negros, de la colección **CH Emporio**; sortija de oro rosa y ébano natural con topacio ahumado de la colección **CH Nature**, todo de **Chocrón**, y reloj **Royal Oak Power Reserve**, de **Audemars Piguet**.

Jueves, 1 de marzo. Chiapas, México

Hace más de un año ya que tuve el sueño de hacer una colección de joyas con ámbar mexicano. Desde que puse pies la primera vez en Chiapas, este sitio caló tan hondo en mí que sentí una enorme necesidad de contarle a la gente todo el universo que se esconde aquí. Hablar de la magia que habita en estas selvas y que las convierte en un mundo más allá de la imaginación. Ahora, sentada en el coche camino a San Cristóbal de las Casas, mientras vamos dejando detrás las edificaciones de la ciudad, me invade de pronto la emoción. Esa emoción de cuando te vas a reencontrar con tus dioses. Es entonces cuando empiezo a sentir cómo me llama esta tierra, cómo me pide que escriba, que le dé voz a estos árboles, a estos ríos, a los jaguares y al viento que canta entre las paredes del Cañón del Sumidero. Esta es la historia de La Ceiba y de las lágrimas que brotan de la selva...

Viernes, 2 de marzo. San Cristóbal de las Casas

Cuando en 1543, el dominico Fray Bartolomé de las Casas se convierte en el primer obispo de la provincia de Chiapas, San Cristóbal era conocida como Ciudad Real. A pesar de ser la capital de la provincia en aquel entonces, estas calles ya respiraban el misterio de la montaña y se sentía en su neblina la soledad que acuna la Sierra Madre. Hoy en día lleva el nombre de este misionero tan querido por los indígenas y los historiadores. Su lucha incansable por la dignificación de la gente de estas tierras y su legado bibliográfico, con el que documenta de forma inigualable la Conquista de México, le convierten en todo un símbolo de humanidad y justicia social. Construyó escuelas, abogó por los derechos de los indígenas, cuidaba de los enfermos, combatía los prejuicios de los conquistadores... El trabajo de una vida que marcó de forma definitiva el curso de la historia de México. Al caminar por estos empedrados, entre paredes de colores y puertas que encierran vidas pasadas, pienso en todos los rostros indígenas y españoles que habrán dejado un recuerdo aquí. Pienso en las injusticias que estos ladrillos han presenciado; en los actos de bondad que alguna vez guardaron en secreto y que se dispersaron en el tiempo hasta desvanecerse; en los pasos apresurados de Fray Bartolomé para ayudar a algún indígena; en su voz retumbando desde el púlpito, aleccionando a los colonizadores sobre la existencia y nobleza del alma de esta gente de piel de café tostado y ojos de obsidiana. San Cristóbal hoy brilla. El sol enardece sus colores cuando, por las tardes, de ella surgen sonidos de flautas y tambores. El sonido del bullicio se eleva para enaltecer la vida de este pueblo centenario. Aquí se mezcla el pasado con el presente. Cuando un indígena tzotzil saluda a un turista, o cuando un tzeltal le indica a otro dónde encontrar un lugar para hospedarse, uno comprende por fin cuánto valió todo la pena. El haber construido un país en donde se admira y se protegen las tradiciones y las raíces de una cultura, nos da a todos un sentido y una verdadera identidad. Atrás quedaron las luchas indígenas que consiguieron despertar la conciencia global, y que nos permitieron a todos ocuparnos de respetar la tradición y riqueza cultural de todos los pueblos indígenas del mundo. Hoy comprendemos, por fin, que todos y cada uno de nosotros somos extranjero, indígena, hombre blanco, jaguar y Ceiba.



Genoveva observa el duro trabajo minero en una explotación de Simojovel de Allende con camisa y vaquero, de **Liu Jo**, y botas, de **Ash**.



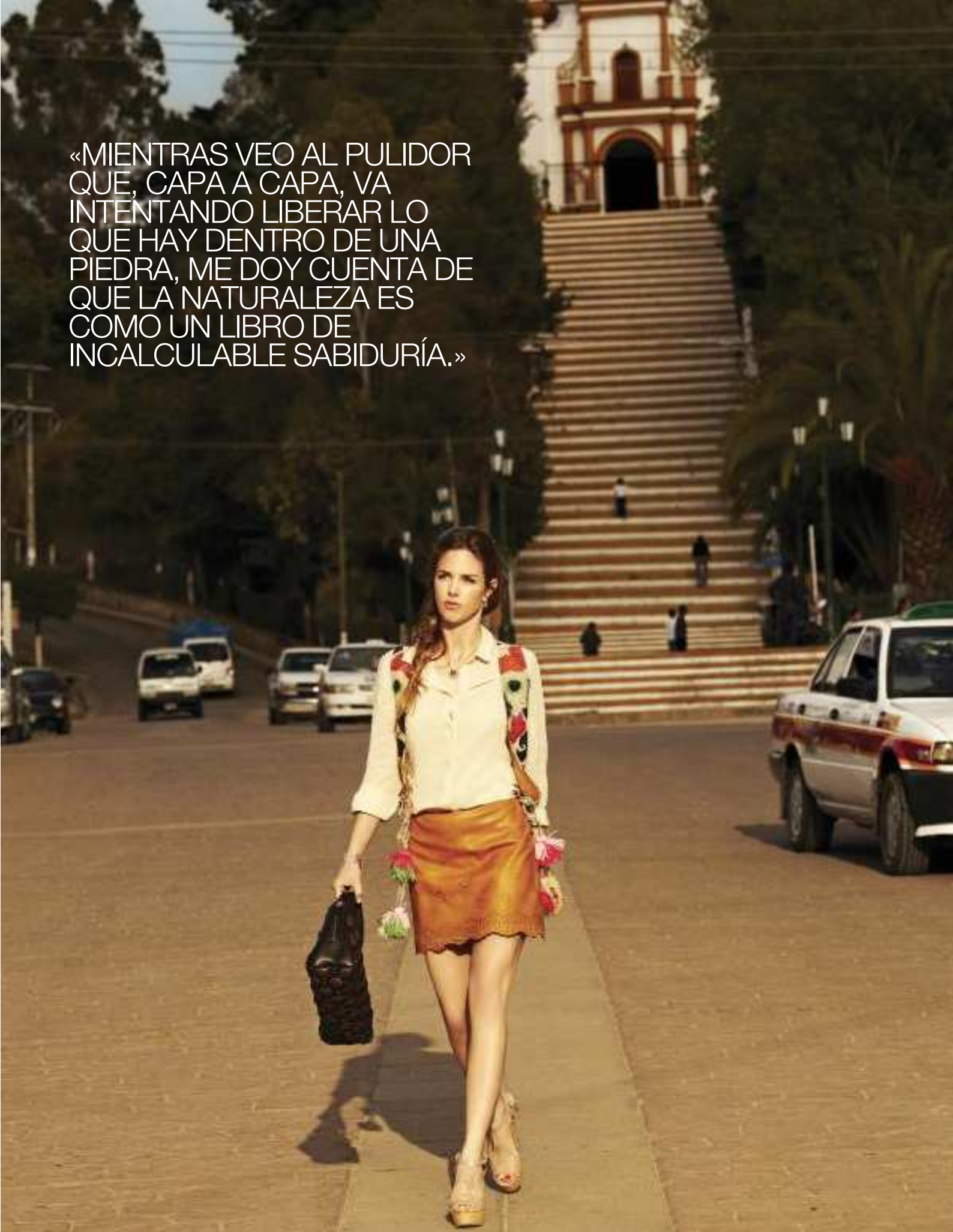
En el exterior de la mina, con blusa, de **Masscob**; vaquero, de **Liu Jo**; aros de oro con pavé de diamantes de la Colección **CH Circa**, colgante de oro blanco en forma de estrella de mar con pavé de diamantes e hilo de seda salvaje de la colección **CH Marina** y pulseras de plata, caucho de colores, amatista, ónice, topacio, cuarzo y jaspe de la Colección **CH Solidaría**, todo de **Chocrón**.

Sábado, 3 de marzo. Las minas de Simojovel de Allende.

'El mar se mide por olas, el cielo por alas, nosotros por lágrimas.' Jaime Sabines

Hoy hemos ido a las minas en busca del ámbar. El viaje es largo, tortuoso, y desde el pueblo comienza la travesía a pie para adentrarnos en los bosques, montaña arriba. El calor nos abraza con fuerza y la sombra de los árboles intenta consolarnos inútilmente. Caminamos un largo rato hasta encontrar las primeras bocas de las minas, escondidas tras túneles de follaje silvestre. Sesenta minas que son trabajadas y pertenecen a los propios mineros. La luz del sol revelaba las puertas por las que nos adentrábamos en las entrañas de esta tierra poderosa. Los mineros alumbraban el camino mientras nos hablan de lo que significa el ámbar para ellos y todo lo que envuelve su extracción. Adentro, la humedad se acrecienta y, de vez en cuando, caen gotitas frescas de agua que se filtran por la tierra. La oscuridad es absoluta, fría, y el túnel se hace estrecho, y conforme andamos se va encogiéndose más y más. Muy al fondo, casi a 300 metros, llegamos a una pequeña bóveda en donde los mineros nos muestran cómo pican la tierra en busca del ámbar. Como un escultor que araña la montaña desde dentro, martillo y cincel en mano, Manuel se lanza a la tarea de encontrar-nos una pieza que nos pudiese impresionar. Pensar que aquí adentro, debajo de tanta tierra, debajo de las raíces, de los animales que caminan allá arriba en el exterior, se han quedado atrapadas gotas de árbol líquido. Aquí han estado formándose, gota a gota pero inexorablemente, las gemas más bellas que los árboles puedan crear. →

«MIENTRAS VEO AL PULIDOR QUE, CAPA A CAPA, VA INTENTANDO LIBERAR LO QUE HAY DENTRO DE UNA PIEDRA, ME DOY CUENTA DE QUE LA NATURALEZA ES COMO UN LIBRO DE INCALCULABLE SABIDURÍA.»



La diseñadora, con el pueblo de San Cristóbal de Las Casas al fondo, luce cazadora, de *Mango*; vestido, de *Henry Cotton's*; aros de oro con pavé de diamantes, de la colección *CH Circa*; sortijas de oro rosa y ébano natural con ónice, y de oro blanco con selenita de la Colección *CH Nature*, todo de *Chocrón*.
En la página anterior, en la misma población chiapaneca, ante la iglesia de la Virgen de Guadalupe, con chaleco, de *Antik Batik*; camisa, de *American Vintage*; falda, de *Cuplé*; cuñas, de *Ash*; gafas, de *Versace*; bolso, de *Marni*; colgante de oro rosa con diamantes y perla de Tahití, de la colección *CH Nude*; brazalete de oro rosa y diamantes en pavé, de la colección *CH Romano*, y sortija de oro blanco con citrino y diamantes, de la colección *CH Soirée*, todo de *Chocrón*.



Ante un magnífico ejemplar de ceiba, la diseñadora de joyas luce blusa, de *Antik Batik*; chaqueta, de *Etro*; pantalón, de *G-Star*; pendientes de oro rosa y diamantes, de la colección *CH Roué*; sortija de oro rosa con topacio fumé, diamantes *ice* y diamantes negros, de la colección *CH Emporio*; sortija de oro rosa y ébano natural con topacio amarillo, de la colección *CH Nature*; y pulseras *sinfin de sautoir* con topacios fumé y diamantes en oro rosa, de la colección *CH Sautoir*, todo de *Chocrón*.



Bocetos de la colección de joyas *CH Ceiba* de *Chocrón para Genoveva Casanova*, de ámbar de Chiapas, oro rosa y cuero, que se inspiran en el árbol sagrado de los mayas y que han sido realizadas artesanalmente.

Veinticinco millones de años han pasado enterradas, hasta este preciso momento en el que mi mano se extiende y, con los dedos, una piedra recibe su primera caricia. ¿Cómo se describe este momento? ¿Cómo explicar la sensación? Es como si la Historia me hubiese reservado desde siempre este regalo solo a mí, como si cada mínima piedra tuviera su propio destino: unas manos que encontrar. Los indígenas llaman al ámbar *las lágrimas de la selva*. ¿Estas lágrimas me estaban destinadas? ¿Ha tenido que petrificar su llanto la selva y esconderlo en su vientre para que un día llegase yo a convertirme en la guardiana de sus antiguas penas? ¿Qué secretos esconde cada piedra? Será que los árboles nos añoran como éramos y buscan alcanzarnos con sus gemas para hacernos custodios de lo que más atesora: sus recuerdos atrapados en el tiempo... Mientras veo al pulidor trabajando en su máquina, que capa a capa va intentando liberar lo que hay dentro de una piedra, me doy cuenta de que la Naturaleza es como un libro de incalculable sabiduría. Como si en todo esto pudiéramos leer que, al igual que el ámbar en la tierra, los recuerdos dolorosos se entierran durante años en lo más profundo de nosotros. Que si con esfuerzo y sacrificio escarbamos hasta encontrarlos, y los limpiamos y los pulimos, descubriremos, tras el polvo blanco que invade el aire y nos cubre como cenizas, que se han convertido en gemas maravillosas. Son precisamente los dolores vívidos los que se convierten en las joyas que nos embellecen el alma y nos hacen mejores personas.

Domingo, 4 de marzo. San Juan Chamula. La Ceiba

Han pasado casi 20 años desde la primera vez que vi una Ceiba. Cruzábamos por carretera una selva al sur del país cuando, de pronto, de entre la vegetación, se alzaba majestuoso un árbol especial. Su presencia era la de un rey entre su pueblo y la nobleza de su alma se extendía y abrazaba todo lo que la rodeaba. Pregunté qué árbol era, y fue entonces cuando descubrí su nombre, su imborrable nombre. Durante todos estos años siempre llevé en mí ese recuerdo. Quién era este ser impresionante permaneció siendo un misterio. Fue hasta hace poco que por fin ese misterio me fue revelado y pasó a formar parte de mi mitología personal. Junto con el jaguar, el ámbar, el quetzal, las palabras de Sabinés y el can-

to de la caracola, la Ceiba construye la cosmogonía de esta tierra sagrada. Me encontré de nuevo con ella hace poco más de un año. Salía de un hotel de Palenque cuando apareció ahí, reinando en un jardín salvaje, rodeada de verdes de todas las tonalidades, de monos, mariposas y flores que se enredan en los árboles. Son los mayas los que me dieron la Ceiba y quienes hoy me dejan formar parte de ella. En esta tierra de magia y mito cada ser tiene alma y forma parte de un Todo. Cada cosa que existe, cada ser vivo es imprescindible para la continuidad del universo. Todo ama, respeta y alimenta todo. Incluso hasta las nubes abrazan las montañas para amamantarlas con su rocío en las madrugadas. Nuestra madre es la Tierra, de su vientre emergemos y es ahí a donde siempre volvemos. La Ceiba, en este mundo de almas, es hermana del hombre. Su espíritu está más elevado y es más sabio que el de los humanos, y al pertenecer a la dimensión donde habitan los nahuales (las almas de los animales), puede ver la realidad que los hombres no somos capaces de ver. Los hombres no estamos preparados para conocer la verdadera naturaleza del universo, pero ahí fuera todo alrededor nuestro se mueve y vive un mundo mágico donde rigen otras leyes, donde todo es posible y los colores tienen vida propia, donde la profundidad de la sabiduría nos hermana con todo lo existente y, por primera vez, todo cobra sentido. Cuentan los indígenas que, cuando estamos perdidos, cuando no sabemos qué camino seguir en nuestras vidas y hemos de enfrentarnos a decisiones difíciles, es la Ceiba quien nos da claridad y quien ayuda a su hermano, el hombre, a comprender. En esos momentos, debemos ir a ella y abrazarla, y si tenemos el corazón abierto, ella le susurrará a nuestra alma y la confusión se disipará, mostrándonos el camino que debemos tomar. Hoy, por primera vez, abracé a la Ceiba. Más de 600 años forman las hendiduras y rugosidades de su gigantesco tronco. Las heridas del fuego, de las sogas y de la furia del tiempo moldean su figura, y su piel cuarteada recibe la mía con la bondad y la pasividad de un gran sabio. Las primeras hojas del año comienzan a brotarle de alguna rama lejana y las hormigas anidan en su base reclamando sus derechos ancestrales. Cierro los ojos y la siento fluyendo en mis brazos. Siento siglos, almas navegantes y secretos eternos atravesándome como ráfagas. Por ella pasa todo y se sostiene todo. Recuerdo entonces que, en la creación, los dioses la sembraron en los cuatro puntos cardinales y en el centro de la Tierra, para sostener en sus ramas el cielo y alcanzar con sus raíces el inframundo. Es entonces cuando entiendo. Nosotros no nacimos para amar a un hombre o a una mujer o a una familia o a unos amigos. Nacimos para amar todo lo existente y para aprender a unirnos a un universo del que nos desprendemos continuamente sin saberlo. Al abrazar a la



Ceiba, y al cerrar los ojos, somos capaces de ver por primera vez. Aquí no es solo que la naturaleza sea divina, sino que nosotros mismos somos parte de esa divinidad universal. Y en este abrazo la tarde cae con sobriedad sobre los tejados del pueblo, y la paz que fluye con la sangre del árbol vuelve a fundirse en el eco del tiempo y a perderse tras la montaña con el atardecer. (Lápiz en mano, he trazado los primeros esbozos de la colección. Ámbar y oro se abrazarán como la piel y la madera.)

Lunes, 5 de marzo. El Cañón del Sumidero

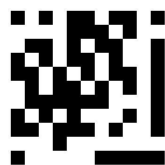
Recuerdo el viento dibujando mi pelo en el aire, los rayos del sol colándose entre las sombras de las montañas, el agua saltando, el silencio, el tiempo quedándose atrás. Recuerdo las piedras altas, los zopilotes en la playa, los cocodrilos adormilados y los búhos en las cuevas. Recuerdo todo en el silencio del viento, todo en la altura, todo detenido..., sosteniendo el vuelo irregular de una mariposa que nadie más nota. ¿De dónde? ¿Desde cuándo viene esta herida en la tierra, este surco gigantesco que resuelve el rostro de Chiapas? Esta es la enorme arteria por la que fluyen los mitos y las leyendas, los cuentos antiguos y las ceremonias mágicas. Aquí confluyen y de aquí se reparten el tiempo, la Historia, las vidas... Navegamos un largo rato. Así, en el silencio de lo majestuoso, impelidos por el respeto. Al cabo de una hora, más o menos, llegamos hasta la pared más alta del cañón, que mide un kilómetro de altura, y, poco después, el lancharo nos señala una cumbre. «Desde lo alto de aquel pico algunos grupos de indígenas mayas se arrojaron durante la Conquista», dice alzando el brazo. «Prefirieron lanzarse al río y

Blusa, de **Levi's**. Aros de oro con pavé de diamantes, de la colección **CH Circa**; colgante de oro blanco en forma de estrella de mar con pavé de diamantes e hilo de seda salvaje, de la colección **CH Marina**, y pulseras de plata, caucho de colores, amatista, ónice, topacio, cuarzo y jaspe, de la colección **CH Solidaria**, todo de **Chocrón**.

morir antes que ser capturados por los conquistadores», señala con orgullo. Ahora sé que ni en el tiempo suspendido ni en la ausencia de tacto existe un rincón de este sitio sin secretos.

Martes, 6 de marzo

Hoy es el último día que pasamos en Chiapas. Mañana habrá que tomar un avión de regreso a Ciudad de México y desprendemos de todo esto. Hoy paseamos, nos olvidamos un poco del trabajo para poder reflexionar y acabar este telar tan colorido, bordado de tantas extraordinarias experiencias. Como los indígenas, hemos cosido figuras de personas, de lugares, de sueños... Como pulidores de ámbar, hemos tallado una nueva figura a nuestras ideas. Ahora es momento de sellar en la memoria. Es hora de dibujar la colección de joyas que haremos en Chocrón, y hacer de sus formas un símbolo de las experiencias tan fascinantes que hemos vivido aquí, durante estos increíbles días. Nos tomamos una jornada para pasear y conversar, y así poder asimilar mejor tantas nuevas enseñanzas. A partir de ahora, nos toca transformar este mundo mágico en piezas especiales que, a través del diseño, manifiesten un nuevo lenguaje y consigan encontrar esa persona única a la que están destinadas. Visitamos unas pequeñas ruinas que se escondían en un bosque. Los árboles crecían entre los templos y desde los muros ancestrales. El eco de los pájaros nos guiaba hasta la cima, desde donde un valle inmenso se extendía y, en el suelo, mi infancia me buscaba con las flores rojas que soltaban los árboles. Recuerdo estas flores en mis juegos de niñez, y la imaginación de entonces me vuelve para dibujar ante mí mujeres mayas vendiendo fruta o sacerdotes escalando templos con alguna ofrenda entre las manos. Este pueblo comienza a cobrar vida y yo estoy ahí. Hay ruido, bullicio, pasos que van y vienen, niños jugando en el suelo... Pero de pronto, todo se desvanece y vuelve el silencio. Más tarde caminamos bajo la lluvia por las Lagunas de Montebello. Descubrimos islas y bosques, y el olor inconfundible de la tortilla en el comal. Las lagunas se revelaban entre las montañas y la tarde las vestía de nube llorosa. Algunas canoas osadas flotaban en el agua, que se confesaba azul en las orillas, y nosotros, absortos, completamente maravillados, hablábamos como si el mundo terminara ahí. Esa visión, las ruinas mayas de aquel día y la luna que lucía ya casi llena, son la puntada final de esta historia. Ahora solo me quedan las palabras. ¿Qué voy a decirle a la gente para que tampoco olvide? ¿Cómo hago para que sueñe alguien, para que vea grandes selvas donde no entra la luz del sol o toque con sus sueños la piel del jaguar y la pluma del quetzal, para que huelga el copal, para que escuche la caracola resonar a lo lejos y el aletear de las mariposas aisladas? No tengo nada que ofrecer más que estas páginas. Contarte esta historia para que sepas lo que me fue dado, la parte escondida de la vida que se encuentra aquí... Ahora sé que tengo que decirte que hay un lugar en donde quizá te espera una piedra antigua, ese recuerdo selvático que te ha sido destinado solo a ti, una gota de alma líquida que espera protegerte, una lágrima de árbol que el tiempo congeló... Hoy, acabados los días, fundidos dios y llanto, la selva derretida se torna eterna. Se sostiene para siempre en Ceiba y ámbar dorado... Joya salvaje que adorna el pecho del mundo. **X**



Vídeo Captura con la cámara de tu teléfono este código Bidi para ver el *making of* de este reportaje. Y también en nuestra web (<http://www.elmundo.es/yodona/bidi/2012/04/365/portada/>).

MAQUILLAJE Y PELLUQUERÍA: VICKY MARCOS PARA NARS Y GHD. AYUDANTE DE FOTOGRAFÍA: DANI GALLAR. AGRADECIMIENTOS: CONSEJO DE PROMOCIÓN TURÍSTICA DE MÉXICO PARA ESPAÑA (WWW.VISITMEXICO.COM) Y SECRETARÍA DE TURISMO DE CHIAPAS.